

Placeres

Nadia Villafuerte

—*Se acabó.*
—*¿El alcohol?*
—*No, el amor.*
—*Ah, ya me habías asustado.*

Mi madre gritó “bajen el volumen de esa radio” pero ella era quien había iniciado el ruido de la máquina de lavar y secar. El rumor a jabón Foca, de ropa atrapada en un vacío eléctrico, ascendía hasta el segundo piso de la casa y se perdía en los corredores. Aquello sonaba como si desde algún sitio estuviera aproximándose otro planeta, amenazando el colapso del nuestro.

Pequeña y ahora regordeta, destilaba su dominio en la cocina como si las cacerolas le exigieran desplegar talento dramático. Una puesta en escena y entonces ponía orden y controlaba. Por qué está descolgado el teléfono, pregunté. Porque no quiero que tu padre reciba llamadas que lo alteren, no ves que si le marca su hermano se deprime y si escucha a algún amigo de inmediato se imagina la bulla del bar y eso es peor, él y su curiosidad tonta y todo porque no es capaz de aceptar las cosas como se las pusieron enfrente.

Veinte años atrás Teresa habría podido aparecer en alguna revista de moda internacional, el vestido de chifón, una pretina abajo del trasero, las plataformas de cuero y el collar de oro falso, los dedos acomodando la melena teñida, como un matorral ardiéndole sobre la cabeza. Así o en bikini de puntitos. Con faldas ajustadas y bostonianos. Llena las fotos, las desborda, no encaja, su ímpetu es más ancho que el lugar donde le tocó nacer y al que no obstante se habituó con arrojo. Él en cambio ya pintaba desde entonces: larguirucho y desgarbado, mira como si no tuviera prisa y brega contra la monotonía. Por aquella época los dos se hojean como un catálogo de novedades en medio del asfixiante monzón del verano en la comunidad de Egipto, con su carretera llena de topes y anuncios oxidados de la Pepsi Cola en las fachadas de las casas de bajaré. Recuerdo un anuncio donde un enorme gato bebía leche. Mal iluminado en la oscuridad, parecía un sueño que todos teníamos al mismo tiempo, me contó ella, más nítida en el mundo del recuerdo que en el de su presente.

Bajé el volumen de la radio, que ella había encendido y no era radio sino un disco de Glenn Miller, y aproveché la ocasión para entrar a la recámara y preguntar por décima ocasión. Papá, cómo te sientes. No me molesten, pongan música, aúllen si quieren, pero déjenme en paz y no abras las cortinas. En eso lo podía entender. Bastante era verlo maltrecho en la cama, y la luz siempre tenía la capacidad de hacernos sentir que podíamos vernos los pensamientos, flotando, oscuros, justo debajo de la piel, como si fueran moretones. Se acababa de pinchar insulina. Una tarde le diagnosticaron diabetes con dieta y restricciones que nunca cumplió. Cómo se las ingenió ese cuerpo para mantenerse de pie sin ser aún como aquel hombre que amanece bajo un árbol con las piernas paralizadas por una plaga de insectos, sólo él lo supo. Se atascaba de bombones y pasteles, de damascos y frutos curtidos a los que les libaba el alcohol. Yo estaba ahí, en las mesas solitarias de todos los bares de Tuxtla: el hombre me hablaba en voz baja, sin mirarme, en el tono casual con que la gente se dirige a los chicos trepados a una cornisa, y lo veía beber: desde pachitas caseras hasta el más adulterado y corrupto aguardiente nacional. No era el trago el problema sino el estado del alma incapaz de soportar que los días se abrieran paso sólo para ser ultrajados por el tedio. Un alcohólico es primero un enfermo de fantasía; la realidad es su forma de intoxicación. ¿Oyes? Son yeguas de la noche, *tacatán, tacatán, tacatán*, las que patean mi frente. Sus relatos, en el delirio o en la sobriedad, estaban llenos de onomatopeyas. *Chungúm*, me tiré a la poza de agua clara pero fría, para sacar el arete rojo que se le había caído a tu madre. Había sacado a bailar a la esposa de un terrateniente cuando me dijeron que huyera de la fiesta porque el marido me iba a matar... ¿Y sabes qué pasó? Que pisé en falso y la orilla de lodo se desgajó y mientras rodaba tierra abajo pensé: Me dispararon. Porque de golpe dejó de haber suelo y estaba enredado entre hojas podridas y sanguijuelas negras con sus corazones diminutos latiendo, mientras yo repetía: Sálvenme. En esa historia se había caído de borracho por supuesto.

Una mente enferma de fantasía se miente con astucia, se monta en una memoria falsa, en las certidum-

bres de una vida que transcurre en otra dimensión pero que halla su juntura con la existencia real y que mezcla las aguas y nos arrastra. El poder de la mente lo domina todo, Kalimán, repetía mi padre, emulando al superhéroe y a su compañero Solín, descendiente de los faraones. A este hombre lo ha salvado la indolencia, era nuestra única conjetura, porque no nos explicábamos casi diez años de una enfermedad progresiva que en términos normales desgastaba los riñones hasta hacerlos cal. Pese al diagnóstico continuaron las parrandas, tal vez ya no brutales pero tóxicas que lo arrinconaban en periodos breves de alucinación donde la peor pesadilla no era la diálisis, qué va, sino las úlceras en el estómago, los ojos brotados, las manos temblorosas atravesando un bosque de hienas en el delirium tremens. A este hombre lo ha salvado la suerte y el amor, hosco hacia quienes le impedíamos una caguama pero amor abierto al fin, desbordado como era su risa, y ahora se acercaban las fiestas de diciembre y las molestias físicas habían arraigado en su cuerpo más tiempo que el de costumbre.

La piel del pecho se había abierto una tarde, extendiendo sus cuarteaduras por los costados. Daban ganas de irrigarla para que aquella callosidad amarilla se hiciera barro, aunque también era hermosa de contemplarse así, tan agrietada que yo quería pasar la punta de mis dedos para pulir su pena. Por ese tramo no se podía correr, como yo habría querido. Era diciembre pero ahí sólo se conocía el calor, cuarenta grados haciendo arder el pecho de mi padre. Que no podía cubrirse. Tampoco dormir boca abajo o de lado porque el menor roce y la piel se tensaba haciéndolo gritar. Aquella superficie crocante lo obligó a tenderse con los ojos como buscando arañas en el techo.

Apareció la molestia, una leve herida, la huella que le habría dejado el rasguño de un bicho salvaje. Apareció justo cuando llegué a casa para las vacaciones. Y él, que siempre me recibía con entusiasmo, su hija vagabunda, la que había elegido, a diferencia suya, la inestabilidad y no un crédito inmobiliario, vamos a la playa, salgamos por un rato a la interestatal hasta que se nos estrelle el azul seco del cielo en la cara, ciento ochenta kilómetros por hora mientras sacas la cabeza para que el aire te golpee, esta ocasión sólo se limitó a decir griten, bailen junto a la hoguera, prendan la radio, pero déjenme descansar. Los medicamentos lo tenían de mal humor y el herpes había reventado como una flor en la solapa de su traje de carne.

Neuropatía periférica y herpes, según el médico; una estepa que arde, según papá, así había dicho una mañana de fiebre, supongo que se imaginó como un cosaco atravesando la estepa rusa mientras se empinaba una botella de vodka. Cosaco: el militar aventurero que a él le habría gustado ser. En sus sueños, y soñaba a menudo,

no faltaban los cañones de artillería, la sopa de sangre alimentando a la tropa y un tren de bagajes atravesando el hielo, un tren que llegaba casi siempre a una estación vacía. Otras veces se recordaba tendido en un campo minado, fingiéndose muerto para poder salvarse hasta que el fusil enemigo levantaba su párpado. En las imágenes más amables, se veía caminando tambaleante por el pasillo de algún edificio en Leningrado sin electricidad ni agua corriente, mientras sacaba su cantimplora para disfrutar el más inexplicable de todos los placeres: no tener obligaciones, ni dinero, ni moral.



Ahora sólo lo escuchábamos gemir, revolcarse en la cama, en la que comenzó a trasegar sus secretos, remontándose a tiempos adonde ya no podíamos alcanzarlo. Y además era de mala educación andar de miro-nas. Muchas veces se largó por semanas para blindarse del aroma doméstico, cien por ciento letal. Para perderse en las cantinas e iniciar su juerga de bestia, tres o hasta cinco días de viaje etílico hasta que algún albañil

lo traía de regreso, la mandíbula morada por un golpe, la mano astillada, el organismo practicando desde entonces para cuando llegara el momento en el que se le saliera el hígado infectado por la boca. La lejanía que imponía su rostro hinchado esta vez amenazaba de otro modo. No podía escaparse del cuarto pero en realidad



© Sifar Zuc

Lo que él buscaba era descoyuntarse, pisar el acelerador, hundirse en un canal, curado, hasta el culo, dejar el todo por la nada, sin brújula, sin compañía, para acabar pronto, que otros sean ejemplo, yo voy adonde me lleva mi alma porque lo que arriesgas revela cuánto vales, y él quería enterrarse dentro de una zona cuya fuerza de atracción nadie pudiera detener, morir por placer criminal y no porque fuera infeliz, eso habría sido reducir las dimensiones de lo que era: un enigma.

Lo ataron las obligaciones. Los hijos cumplimos ese destino, ser la trampa elegida, el tortuoso “si yo hubiera”, lo cual silencia a los padres más de lo que su propia naturaleza soporta. Y en ese despliegue de deseos contrarios, el mío caía en un estado de embriaguez que le impedía saber cómo orientarse después bajo el horizonte abierto, cuando despertaba con una cruda espantosa, con el vómito seco en la ropa y la aspereza de la luz poniendo en relieve los contornos despostillados de su vuelta a la vida.

Recostado en la cama, él, enérgica con sus movimientos de capataz, ella, ambos libran todavía una silenciosa lucha doméstica. En 1975, una mujer pequeña y foránea se sentó en la banqueta de su nuevo hogar en la ciudad y vio a lo lejos, más allá de la esquina, a un hombre que salía de una casa donde se celebraba un velorio. La mujer contra el atardecer púrpura, idéntica a una heroína prerrafaelista, le enseñó su diente de oro. El hombre, a cambio, le regaló las últimas rosas amarillas de noviembre y su aliento a brandy. El hombre, que amaba la muerte, se sintió intrigado por el vigor peligroso que emanaba de aquella campesina. La mujer, atraída por aquel hombre que se iba de cacería a la selva e inyectaba penicilina a la gente en las comunidades rurales y colonizaba a su manera a los indios enseñándoles un nuevo idioma, pronto supo que el mayor goce se lo daban las botellas. Él le enseñó a comer cebolla, a disparar con rifle, a matar gallinas, a matricularse en la Escuela Normal Superior, podrida pero de pie, como el país, para dedicarse al magisterio. Ella se propuso rescatar a su dipsómano, aún bajo su advertencia de que no había salvación alguna. Cómo de que no. Ya verás que no. Me canso si no. Allá tú si quieres intentarlo.

El amor y sus relumbrantes grilletas: hicieron boda.

No hubo engaño en eso, se supone que todos los amantes viven del conocimiento parcial. Mentir, traicionar, humillar, dominar. Ella decidió depender de sus momentos sobrios; él nunca renunció a su cerveza Bohemia. El hombre la abandonó muchas tardes. Ella, caprichosa y flexible, se estiró otras tantas hasta romperse con tal de devolverlo a su sitio. De ahí que a Melina le gustara el movimiento, ese vaivén mareándola de un lado a otro entre los confines del útero.

Yo soy Melina.

ya nos estaba dando categóricamente la espalda.

Porque lo único que él había querido de veras no había sido ni su trabajo ni su hija ni su matrimonio, sino beber. A boca suelta. Todos los litros de tequila que hallara en los estantes.

No puedes discriminar entre un simple vino, un whisky o el fermento de jerez.

Qué exageración y qué mentira, soy alcohólico pero no imbécil.

Yo soy Melina y aprendí a traducir un lenguaje que sólo ellos entendían y que di por llamar “viperino”, cuando ambos se comportaban de un modo para obtener otra cosa. Como cuando mamá compró uno de esos productos milagrosos del mercado que prometían desde curar uñas malas hasta sanar vicios, diluyó el líquido en el agua y se lo dio a su marido: horas después el hombre se revolcaba en el sofá.

Él se revolcó en el sofá, calmó el ardor con Bacardi blanco pero nunca se atrevió a partir. Era un alma inquieta eclipsada por el carácter conforme, procedente de generaciones de esclavos sureños que para consolar-se de las duras jornadas se embriagaron en vez de escupir sobre sus amos. Ella en cambio vio todo aquello con una histriónica mala leche parecida a la de la actriz de *Adiós a Las Vegas*. Pero qué guapa es Elizabeth Shue, dije mientras la protagonista le daba el cúter al chulo para que le tajeara las nalgas en señal de castigo. Luego una escena y otra sucediéndose en una historia donde el amor consistía en respetar el hundimiento mutuo. *You can't ever, ever, ask me to stop drinking*, le pidió Ben. Tampoco me pidas que lo deje porque esta vida buena es la vida que quiero, le confesó Sera a Ben sobre su trabajo como prostituta, como si fuera una señorita del siglo XIX y no una nodriza con heridas en la matriz, en un cuarto de fornicio lleno de focos rojos y olor a resaca.

Mi madre era aficionada al cine y lo bueno del cine era que las historias se acababan. Porque entonces no podía creer que aquella fuera una vida buena cuando se trataba de mi padre. *Adiós a Las Vegas* es sólo una película, repetí mientras intentaba quitarme de la mente el último acto: Sera montada en un alcohólico —como la falsa felicidad— a punto de extinguirse. Y en casa la escena final había llegado sin créditos ni música de fondo: regateaban, mandaban, obedecían, se vengaban, sometiendo a la obligación de estar juntos. Él una barca errante bajo la luna alta y salvaje, ella, que iluminaba sus más torcidos deseos.

Escuché a Teresa darle órdenes a su marido, algo que, supuse, la hacía sentir muy bien, como si el tiempo la hubiera gratificado dándole el control absoluto de las circunstancias. Quítate la camisa, voy a lavarte las llagas, deja de aruñar, de ninguna manera llevarás el coche a servicio, claramente ha dicho el doctor que de aquí no te mueves, qué brazo te molesta, este o este, hay tormenta en el sureste, respondía él, burlón, para alejarse de su egocéntrica mujer y dejarla hablando sola, porque a ella le daba miedo quedarse sola, como quizá se merecía.

Aquel hombre de las fotos, que no desbordaba los marcos porque ni siquiera deseaba estar dentro, el de los pantalones de campana y la melena a la altura de los hombros, aquel que no había tenido las agallas de estre-

llar el cráneo en una barda pero ni tuvo tiempo de hacerlo porque una tarde tuvo el peor de los accidentes al toparse con aquella forastera, se hallaba ahora sometido a sus cuidados. Pinche enfermedad degenerativa, la diabetes le había regalado, antes nada grave, ningún pie amputado, ningún coma, ni un solo paro cardíaco, nada de ceguera, sólo un dolor mordiendo el ámpula de su tetilla.

¿Por qué?, oí repetir a la esposa tantas veces. ¿Por qué no?, decía el marido. Diálogos previsibles: un ambiente de decadencia y depresión donde los protagonistas dilapidaban su salud. Lo cierto es que mamá nunca pudo convertirse en cómplice: su inestabilidad venía de otra parte. ¿En qué piensas?, preguntaba él. En Melina, en el dinero, rezongaba ella, que nunca se embarcó de la abstinencia al más desesperado de los alcoholismos con tal de acompañarlo. No me gusta lo que veo cuando estoy sobrio, cuando estoy sobrio todo me parece sucio, mi padre otra vez, que llegó a emitir fieros alaridos cuando lo llevamos a un centro de rehabilitación y escapó al recobrar el sentido: traía la bata celeste, el tubo del suero colgando del brazo, el pelo húmedo de tanto sudar, cuando lo vimos recorrer el pasillo buscando la salida. Esto no era necesario, puedo solo. No podía prometer que no iba a tomarse una copa a la semana siguiente. Una mentira encima de otra hasta el punto de que ninguno de los dos fue capaz de salir de ahí.

Sería mejor tener cirrosis. Sí, le contesté, porque supe que habría preferido estar en algún tugurio que bregara inestable en la noche de un pueblo desalmado. ¿Le pongo otra?, le diría el camarero, ladeando desde ya el vaso bajo el grifo, enderezándolo a medida que estuviera lleno de espuma de malta. Habría preferido la navaja de otra alma perdida en un local de mala muerte, en vez de mantenerse boca arriba, mareado por el aciclovir, la prednisona y la insulina, entregando su voluntad maltrecha a una mujer a la que amaba con rencor. Una mujer que resultó, quién sabe si no voluntariamente, más dañina que todo el ron Castillo que hubiera podido tomar en una semana. La vio no sé cuántas veces acomodarse el pelo frente al espejo del coche, mientras él manejaba rumbo al trabajo después de un pleito de rutina: Un día me voy a largar para que te atasques a tu modo. Pero lo que hacía era poner candado a la puerta, escondiendo la llave para que él no pudiera escapar. A veces se olvidaba dónde había puesto las llaves y todos nos quedábamos oyendo la música enloquecedora del encierro.

¿Cómo se explica que el amor sea igual a tener un perro al que debes atar para que no se te vaya encima?

No estaba mi padre bajo el foco de veinte watts que ensombrecía el rótulo del Memphis, lugar más perverso que le gustaba porque había una orquesta y las parejas se emborrachaban con ginebra servida en vasos de plástico y se movían con elegancia y melancolía bajo aquella nube de humo, el mismísimo infierno. Entramos una noche, mi madre y yo, para arrancarlo del piso. Al Memphis y a varios tugurios más.

Era la víspera de fin de año y papá seguía a través de sus pasos los movimientos de su mujer, quien rendía como enfermera y anfitriona. Había que elegir el menú para la cena, hacer mandados. Necesito que vayas al mercado y compres cinco kilos de tomate, del verde que es para la salsa. Que rentes cuarenta sillas. Por mientras yo iré al centro por los manteles, no dejes que tu padre salga que es capaz de largarse con los mecánicos a mendigar un pomo. Ella y su tierna forma de extender un mantel con olor a tafeta nueva para celebrar una simple Noche Vieja. O su forma de pasar horas frente a un aparador de zapatillas, como si estas fueran caramelos detrás del cristal y la hicieran recordar su niñez de miseria. Su repudio a las ratas, que cuando las veía aparecer en la loza, generaba pequeñas catástrofes, como lavar y levantar su vajilla diariamente. Una Lady Macbeth de provincia que gritaba frente al espejo: ¿Es sangre o mi maldito labial?

Esta vez tenía el mando pero muchas ocasiones eso significó pasar por toda clase de humillaciones. Que su marido la insultara en público.

Cristo no nos ama.

Blasfemo. No eres tú quien está hablando.

Por favor, ¿no soportas una broma?

¿Dónde está la maldita broma?

Que la dejara acomodarse en el catre de un desconocido por temor a volver sola en esos parajes forrados de neblina. Que la orinara en la duermevela porque él había perdido con el tiempo el dominio de su esfínter. Era un espectáculo verla levantarse y tender las sábanas en esas horas de acero y silencio. Tal vez desde entonces su autoridad, su soberanía, habían comenzado a crecer hasta una altura que iba a ser inimaginable, capeando los temporales para llegar hasta donde estábamos: un diciembre cualquiera.

Cuando dejé la casa en Tuxtla, tardé años en volver. Después lo hice por una melancolía a los quesos donde se ocultaba un deseo de reconciliación o la culpa masoquista de recordar que provenía de un par de enfermos. Del afecto enfermo que es una experiencia de la que nadie se libra. Una arrastra con eso como se carga una diabetes terminal. Incluso llegó el momento en el que aprendí a sentirme a gusto de veras, cuando hastiada de la Ciudad de México y su fealdad impune, el sur se convertía en un remanso con su verano dañino y su olor a pescado frito y sus palmeras danzan-

do por encima de todo y sus lilas indómitas mordiendo las ventanas y los incendios forestales en el cerro y los aguaceros que parecían limpiar los pensamientos turbios de la gente llena de buenos modales y malas intenciones. Hasta la naturaleza tenía siempre algo que acotar: ¿Has visto la mariposa? Es la finada Rita. ¿Pisaste una culebra? Viene tu buena suerte. ¿Oíste el búho? Alguien de la cuadra va a morir. ¿Soñaste mierda? Recibirás dinero.

Ahora me esperaba un viaje incierto, y la mudanza incluía cambio de país. ¿Y por qué te largas tan lejos?, inquiría mi madre sin disimular la agresión. Me voy a estudiar, dije, a buscar un horizonte expansivo, donde nunca encuentre límite a menos que me meta en uno de esos moteles con ruidosas máquinas de hielo al final del pasillo y un cartel de neón anunciando “Televisión y aire acondicionado gratis”, pero en realidad yo acababa de divorciarme y de renunciar a mi último trabajo formal. Mi lengua viperina (que no me permitía relaciones estables), mi docilidad itinerante, me hacía idéntica a ellos.

Diez años atrás, en algún cumpleaños de papá, me senté en el borde del colchón. En el buró, el tequila reposaba cual centinela en un templo del remordimiento, cuya función parecía conminarlo a postrarse de rodillas y elevar una plegaria: “Oh piadosa botella vacía, ten piedad de mí, por el amor de las bodegas”. Mi padre traía bolsas en las ojeras, los vellos duros de una barba creciéndole al descuido, respiraba con mucho esfuerzo, había sangre seca en la nariz y sus dientes estaban envueltos en una densa y pegajosa saliva. Durante un instante me resistí a mirarle pero al cabo le acaricé el cabello y le pregunté si tenía hambre. Dijo que se le antojaba un taco con salsa habanera e hizo un chiste. Un mal chiste de gangosos. Lo vi sin entender y sentí el dulce hedor de su aliento. La única forma de medir su apego hacia nosotras había consistido en observarnos a contraluz de las botellas vacías. Nos miró siempre con los rostros distorsionados por el efecto del cristal, imperfectas en el fondo y en la forma, tal como éramos.

La cama era la misma de hace diez años, sólo había cambiado el color de las paredes. De hecho se sentía más fresca que nunca, y por las noches resplandecía con la exótica y casi prostibularia luz que desprendían las enormes lámparas compradas por mamá. Había puesto también unas sillas de mimbre y plantas con grandes hojas que enfatizaban ese tropical clima donde una se sumergía en la hipnótica quimera de otro tiempo. Con tacto me acerqué para llevarle un bocado y pude ver el estado físico del pecho: aquello se estaba convirtiendo en un peladero, un páramo tatemado por el sol. La piel estaba estriándose, era como si tuviera raíces llenas de tierra

que a mi madre le habría gustado desprender. Jala, hija, jalemos, hasta que le arranquemos si no el vicio al menos los órganos malos.

Al mediodía del 30 de diciembre, el doctor revisó los estudios. Ultrasonido de páncreas, hígado, riñones. Y qué pasa, por qué el dolor no cede. Mis órganos internos están bien, lo único que necesitan es libertad y no sé tampoco si quiero estar más tiempo despierto en Tennessee, fue la desconcertante respuesta de mi padre, que se largó de nuevo a dormir con los ojos embo-

eso creía ella. Ya sabes que lo hace a propósito, nunca le gustaron estas fechas, no lo recuerdas pero ahí estás tú llorando diciembre de no sé qué año, con una rorra de tu tamaño que él mandó con su hermano ese otro chingado alcohólico de mierda, agregó salpicando saliva. No debió de ser fácil, fue lo que pensé pero no se lo dije. Mi madre debió haberse largado a conocer otros rumbos, con un barriobajero en Buenos Aires, un gueto latino en Los Ángeles, a derrochar su energía en un sitio menos estrecho para que no se le pasara la mano con el yugo.



tados de medicamento. ¿Teníamos que admirarlo o compadecerlo? Su desprecio o su soberbia o su encono ¿eran un logro o una perversión?

Se recuperaría si quisiera, reclamó ella con el dejo de mártir en la que se había convertido. A mi madre se le había enloquecido la mirada de un modo terrenal a uno religioso: estaba convencida de que la mortificación de la carne poseía resonancias bíblicas. El diluvio y después el canto puro del agua sobre las lajas. Sufren los pecadores, sí, y el dolor los ennoblece y limpia, en

Pero ese era el sitio de los dos, después de todo: un espacio en donde aprendieron a respirar con el pulmón del otro, hasta que las individualidades de ambos dejaron de ser importantes o se secaron bajo el sol o se ulceraron como una llaga o se apestaron como la carne podrida o se hundieron bajo el plomo de los días o jamás pudieron estallar, dejando en el aire su permanente tensión.

Se recuperaría pero no quiere, y a fin de cuentas está en su derecho, tampoco lo dije pero entendí. ¿O no era eso lo que nos estaba echando en cara? Tal vez hasta nos

esté engañando. Sí, puede que no tenga dolor alguno y sólo quiera librarse de nosotras para encerrarse en el almacén y abrir todas las latas de duraznos en almíbar, o un medio litro de Hornitos quemándole la garganta, la lucidez arrastrándolo hacia un paisaje lunar, moteado por sombras y profundos desfiladeros, o hacia un simple tren con destino a un sitio de reputación dudosa con la sensación hermosa en el pecho de una segunda oportu-



tunidad en la tierra sin la voz taxativa de una mujer y una hija impidiéndole su propio final. No sería raro que tu padre nos agarrara dormidas para echarse a andar lejos, correr para que no lo alcance su pánico.

Miedo: lo que resulta tan persuasivo y seductor del miedo es que es irracional, inmune a la lógica de los hechos y no acepta la realidad bajo ninguna circunstancia. Eso y el monótono zumbido de la lavadora como un ruido de fondo, un efecto en sordina. “No va a regresar, te apuesto todo mi sencillo a que hoy tampoco vuelve”. El amor

como miedo: “Le daría mi hígado pero sé que volvería a crecerle cada noche, para beber sin fondo”. A causa de los nervios cercenados, con los años mamá se volvió creyente. Muchas veces la hallé orando en el patio. Rezaba sola e inclinándose en un árbol del jardín. Sufría pero pronto montaba en cólera: “La única razón por la que tu padre bebe es porque según él las cosas son como son y no tiene otra forma de mirar. Se decepciona porque espera demasiado. Quiere sentirse siempre con la adrenalina en el cuerpo en vez de permanecer con Dios, donde se está bien de veras”.

El miedo en él había surgido mucho antes y era abstracto. Entonces ocultaba su licorera en los jarrones con la ilusión de que un último trago le ayudaría a disminuir la severidad y finitud de las paredes. Viajó muchas veces en los asientos traseros de las patrullas y las ambulancias, mientras mi madre se echaba a caminar por la calle, la impaciencia creciendo como mala hierba, para esperar el momento en que el teléfono le confirmara. Cualquier noticia. El filo de camellón degollándole el cuello. Su cráneo estrellado contra una barda. El hospital.

Placer y castigo por placer, algo de desesperación, de emoción, de brutalidad y de poesía. Qué más habrían podido heredarme un par de maestros rurales y en retiro. No cabe en las fotos, ella. Los ojos arrogantes, los dientes de enfrente ligeramente separados, una sonrisa agresiva que quedó suspendida en los portarretratos. No cabe él tampoco y aunque de mirada huidiza, en ningún tiempo fue más él que esa época, cuando cualquier acto podía hacer que se ponchara la llanta, que el caballo cayera al desfiladero, la sensación de que el peligro latía en las profundidades de esa existencia indómita que era buena justo porque podía irse al carajo en cualquier momento.

Los dejé un domingo, tan pronto como salí de la universidad. Estaba ansiosa por liberarme de su protagonismo, tomé un autobús. Esa casa era hermosa pero parecía estar hecha de naipes. Recuerdo, sobre todo, la basura en las orillas de la carretera y la propaganda política del 2000: un par de botas vaqueras y una silla presidencial. De eso habían pasado diez años. Y no es que el futuro me cegara: sólo era una muchacha con el cuerpo apto para la ruina, remolinos en el cabello, temperamento huidizo, pulso trémulo e índole romántica. Adoraba decir por entonces cosas como: “Soy baldía y fea como una rodilla desnuda”. Nunca bebí demasiado. Cuando lo hice fue para saber que el peligro era genético y las impresiones paradójicas, borrosas, absurdas las traía ya tatuadas en los párpados. Ese “Me temo que no sabes lo que quieres” que me perseguía aun en mi mediocre sobriedad, que huía de los lobos azules en la llanura blanca y el espejismo del cielo. Ese “nunca aprendiste a meter el clutch”, porque papá me enseñó a manejar pero el volante me daba pánico.

Bajen el volumen de la radio, ordenó ella. Vaya con di-
ciembre. Si este es el invierno, me quedo con el infierno
de agosto, dijo. Ayúdame, ¿para qué crees que hablo? A
veces se le olvidaba que yo era una adulta, una de esas
que podían decirle con justicia a su madre:

Mírame, soy igual a ti y estoy destruida.

No es verdad.

Sí, lo es.

Me tocó airear el jardín, barrer mientras ella ocultaba
algunos objetos que según su paranoia corrían peligro
con los invitados. No eran objetos de valor y tampoco
era que los visitantes, esa marabunta llamada familia,
fueran ladrones. Mi madre juraba que sí. ¿Ves este jue-
go de cubiertos? Pues el resto ha desaparecido poco a
poco, si no sabré de dónde viene mi gente. Su mala fe
era enorme. Cientos de noches histórica porque su ma-
rido ni sus luces. Él siempre regresó, madreando y en an-
drajos pero regresó. No por cualquier cosa se había vuel-
to arisca. Una de estas noches te va a dar un ataque al
corazón y va a ser trágico, mucho. Habrá un sepelio dis-
creto y de buen gusto y todos preguntarán quién es esa
atractiva mujer vestida de rojo sentada en la primera
fila coqueteando con el organista, chantajeaba en serio.

Entré a la recámara y pregunté cómo te sientes,
papá, el dolor se ha ido. Bueno fuería, murmuró. Pidió
que no le hiciera caso a mi madre y que dejara la radio
prendida, a todo volumen, que hiciéramos la fiesta, que
nos divirtiéramos, que lo dejáramos solo con su pecho
reventado por los socavones. Parecía un quijote bajo el
ventilador.

Llegó el 31 y desde la tarde se oyeron los cohetes, la
música plebeya del mercado a lo lejos. Mamá abrió el
portón como si quisiera que toda la cuadra viera sus man-
teles y sus flores efímeras. Las plantas estaban recién mo-
jadas y me tocó montar farolas de papel de china a lo
largo del patio. Olía a compota, a pavo recién horneado,
a juncia y leña. En la cocina, mi madre terminaba de mo-
ver el ponche, aunque quién sabe, a lo mejor su mente
estaba a millas de ahí, en aquellas puestas de sol, sus me-
chas llenas de arena, la sal pegada a los tobillos, cuando
conoció el mar y estaba llena de imprecisos deseos y ni
siquiera intuía que iba a terminar justificándose: Hubo
un tiempo en que lo amé. Y esto le pasa a la mayor par-
te de los matrimonios. Al menos estás tú, el perdón es
una cicatriz. Tú eres la cicatriz. Al menos está la direc-
ción de las estrellas, en ellas todavía se puede confiar.

Claro que ese hombre la iba a hacer reír y flotar bajo
una convincente irrealdad, claro que iba a valer la pena
ese ciclo de sobresaltos, dormir en hoteles fantasmales
o viajar por el terraplén en aquel Volkswagen lleno de
ropa de fayuca que vendieron en los ejidos para mejo-
rar la quincena. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos al
Parral y estuvimos sin movernos una hora porque nos
quedamos sin gasolina en medio del atajo y creímos que

con ese calor íbamos a agarrar fuego? También cruzaron
un lodazal y atravesaron el río hondo en un cayuco y se
acabaron un aguinaldo en un fin de semana. No por
cualquier cosa se habían despeñado.

Hubo un momento en que tomé la mano de mi ma-
dre, sus uñas puntiagudas. Cómo había podido inge-
niárselas para llegar hasta ahí, no veinticuatro horas
trajinando junto a un moribundo, sino treinta años de
infierno conyugal, bienvenida a la nación donde la úni-
ca lealtad se la puedes dar solamente al sobreviviente de
junto. Rodeé su muñeca y la apreté, ella me miró sin
reconocer a su vástaga. Olía a colonia de lima, tenía los
labios pintados y tensos. Claro que era una Géminis.
Cuando supo de mi divorcio llamó para decirme que
su refrigerador se había descompuesto. El hielo se de-
rritió, atravesó peras, carne y brócoli por igual, hasta
formar un charco espejeante sobre el linóleo. Pensé en
ti, hija. Al menos yo tengo marido, alcohólico pero fun-
cional, y vivo en una ciudad chica y conozco a un téc-
nico de confianza o tengo dinero para reemplazar el re-
frigerador destruido por otro. En el acto la oí llorar muy
contenidamente, se recompuso, colgamos. Siempre halla-
ba la forma de entrometerse y esa vez me había hecho
sentir más sola de lo que estaba sin marido, sin técnico,
sin dinero, hacinada y capaz de agachar la cabeza, co-
mo si fuera una niña de diez años y las décadas pasadas
hubieran sido un espejismo.

Nuestros pequeños roces domésticos eran, sin em-
bargo, nuestro vínculo sentimental más fuerte, así que
sostuve su mano, ella dejó que lo hiciera, y el patio se
fue llenando de gente. Gente con la que compartía un
pasado consanguíneo horrible y por la que sentía em-
patía cuando les daba por hablar, reír, comer, beber y
recalentarse apresuradamente, febrilmente, histérica-
mente, a la manera de la mafia siciliana. Como lo hacían
esa noche: *Benvenuto, arrivederci, pane, burro e merme-
llata*, gritó uno de ellos, *quanto é bella nostra madre*. Dón-
de está tu marido... Por qué no baja. Y si le damos un
poco de ponche con piquete. Marcó el reloj las doce, el
año que se iba y el otro que llegaba idéntico. Que venga
un rato. No se puede mover, ya te dije. Podría hasta bai-
lar si bebe un poquito. Pero nunca puede un poquito.
¿Sabes cómo lo tratas? Perdóname que te lo diga, pero
lo tratas como si fuera un criminal.

Horas más tarde, aburrida porque habían comen-
zado a hablar de crímenes y de niños reventados en las
peñas por Jehová, ese dios cruel del Antiguo Testamen-
to, personaje al que mi madre conocía de sobra, horas
en que se confundían ya los nombres (Caín no mató a
Abel, fue la tía Hilda), en las que se acordaban de sus
antecedentes paganos (pues qué no ves que tus abuelos
eran hermanos, mejor que todo quedara en casa), em-
pujé los ojos al balcón y miré la noche, sucia por la pólv-
vora de los fuegos pirotécnicos pero cubriendo aún la

tierra con su amor violento y su gloria. Pensé en lo que latía bajo la bulla, en los actos de cólera y los designios fatales, esos que se convierten en una confesión o un gesto súbito. Y el mío fue tamborilear las manos sobre la mesa porque me sentía ansiosa y él de veras me hacía falta. En un impulso subí con lentitud, apoyando todo mi peso en las escaleras, como si el hecho fuera en sí aterrador. Me quedé en el alféizar de la ventana oyendo el rumor de la fiesta y confrontando la oscuridad. Al cabo de un rato, él se asomó. Dijo mi nombre. Ni yo me acordaba de mi nombre. Llevaba el pomo en la mano como si fuera el viejo quinqué de sus relatos.

Lo vi como se mira a los locos, sentí una oleada de tristeza que me avergonzó pero me puse eufórica porque él sí se estaba yendo al carajo, como quería. La luz de los arbotantes parpadeó mientras bebía un cabito de whisky y fue como si una descarga eléctrica reverberara en su centro nervioso. Debieron de chirriar los insectos ocultos debajo de las piedras. Porque las raíces podridas de su pecho cayeron de cuajo y el miedo lo abandonó de golpe. Tenía los pómulos lisos. ¿Cómo volver? A fuerza regresó de la lejanía, mi padre, cuando la escuchamos a ella desde la oscuridad gritar qué haces. Me estoy analizando, dijo él, puso su Jim Beam en el vaso y se lo tragó con un escalofrío, el cuerpo sacudiéndose, recomponiéndose, como si el whisky pudiera de pronto quebrarle el corsé de la piel y reventar su espina dorsal. Aquellas facciones suyas que llevaban noches hundidas emergieron en su cara, y ofreció una sonrisa ligera que no era de afecto. Mamá y yo junto al hombre amado y aborrecido por igual. El último hilo que nos unía, por romperse. Estaba tambaleante y transpiraba. Y aun así, o quizá por eso, se veía hasta lozano, algo que sólo la buena salud de un trago y no su mujer ni su hija y menos los medicamentos le habrían podido dar. Tras la grieta de la pupila temblorosa, ¿qué miraba? Si hubo un destello, lo más probable es que fuera su propio reflejo.

La persona que sabe que va a morir en un plazo de veinticuatro horas se siente libre de hacer lo que sea, y es imposible actuar en contra de tal naturaleza. ¿Tiene sentido? No. No cuando se habla de la perspectiva de la muerte de tu padre y de cómo prepararse para ello. Y sí porque uno tiene que ponerse un final y debe encontrar la forma de cumplirlo, sea pegarse un tiro de súbito o corromper lentamente el cuerpo mientras un río corriente abajo corre, sin inmutarse.

Mi padre estaba frente al río, cerca de la orilla, con caña y cebo de pluma. Al lado suyo, su mujer. “Estoy empapada y titiritando, ya vámonos”, dijo la chica, a la que iba a emponzoñarle la vesícula sin ningún remordimiento. Ella, vestido rosa chillante y lentes enormes

de carey, se acostumbró a su alegría y a sus consecuencias turbias. “Te estoy hablando y sé que me escuchas, ahora podemos dejar de fingir. Estoy empapada y me duelen los pies. Y además hoy es sábado y los sábados hay permanencia voluntaria. ¿Qué sería de nosotros si no hubieran inventado el cine? Aterrador. Es buena hora, podrías manejar hasta Palenque y después del cine podríamos ir a cenar. El hotel donde nos quedamos el mes pasado fue barato y cómodo. No tiene televisión pero quién necesita saber del resto del mundo si nosotros estamos en el culo del mundo y a nadie le importa. ¿O a ti te importa? ¿Te importa que estemos aquí? ¿No te aterra la idea de que nos quedemos aquí sumidos para siempre, que venga un aguacero y nos desgajemos pantano abajo? Pequeñas manchas por dondequiera, en donde podemos hundirnos sin que haya una guía que señale el camino. Pero no hay camino en la patria. Nosotros estamos aquí y los funcionarios de la educación en sus fastuosas vacaciones. El color del río es verde como mi bilis, eso es, espábilate, tengo dinero. A que no sabes, pero cuando puedo, ahorro. Estoy tomando mis precauciones para cuando tengamos un hijo porque si yo no lo hago pues quién. Ya está bien visto que no puedes, que no podrás nunca y no importa. Quiero un hijo. O una hija, da igual. Y esto nos parecerá una película. Hay un tiempo para el anochecer bajo la luz de las estrellas y otro para el anochecer a la luz de la lámpara. Como en *Indiana Jones* andábamos, vamos a contar. Metidos en un maldito sitio donde a veces no se oye otra cosa que el coro de los monos. Me diste a comer corazón de mono la semana pasada y lo mencionaste hasta el final para que no lo devolviera. Mataste al mono. ¿Cómo pudiste? ¿También eso lo vamos a contar? ¿Que disparaste y el pobre animal cayó y se alcanzó unas hojas secas para cubrirse la herida mientras te miraba? ¿Cómo puedo dormir tranquila a tu lado cuando has hecho eso? Bien podrías pasarme el cuchillo y sacarme el corazón y freírlo. Quiero pensar que todo tiene un propósito, incluso si este es que vayas a matarme en cuanto cierre los ojos. Avísame cuando estés listo”.

Pero el hombre no contestó. La canícula inmovilizó el paisaje: Glenn Miller sobre las aguas ennegreciéndose, un momento inarticulable, plano medio americano, distancia y sonrisa fuera de foco, la luz cegadora de un devastador instante tan lejano a los pequeños actos de egoísmo, y a la intemperie el terror creciente de no tener ya nada en qué pensar, el alivio de no ya no tener nada qué decir. Tenía remangado el pantalón y la espalda y el torso desnudos irradiaban juventud, aunque este último se elevó apenas para dejar entrar un poco de aire cuando recibió el golpe de Dios en el pecho. Porque entonces alguien apagó la radio y él miró el río y movió la lengua, como un pensamiento detrás de la carnada. **U**